

NOTAS SOBRE EL COMPORTAMIENTO MILITAR EN LA GUERRA SOCIAL

CARLOS HEREDIA *

Abstract: This article aims to analyse the attitudes and the military behaviour that both Italic and Roman people showed throughout the Social War, an incident that is just the final straw of the complex situation of the “Italic Matter” in which Rome knew not how, or did not want to, share its benefits with the resourceful ally instrument. Thus, we get use of the military field and, more specifically, of the attitudes, positions and behaviours, to elicit the global structure of the society behind it.

Keywords: Socii, roman military behaviour, Italic matter

LOS MOVIMIENTOS PREBÉLICOS

La Guerra Social (91-87 a.C.) se inscribe en una dinámica jurídica y política de largo alcance. La articulación del territorio llevada a cabo en el proceso expansivo romano en Italia había creado toda una serie de categorías jurídicas, como el estatuto aliado, que vinculaban a los nuevos territorios con la urbe de un modo desigual. Dicho estatuto fue un instrumento que quedaba inserto en la estructura militar romana, en cuanto los aliados permanecían conectados con Roma a modo de una *symmachia* griega, cuya característica era la contribución masiva, regular y perpetua al esfuerzo de guerra de Roma.¹ De este modo, el

* Ganador del *I Premi Arnaldo Momigliano de Ciències de l'Antiguitat*. Dicho premio nace con la voluntad de fomentar el interés por el estudio de la Antigüedad entre los estudiantes de licenciatura o grado de la UAB. Admite trabajos sobre cualquier aspecto relativo a las Ciencias de la Antigüedad (historia, arqueología, filología, literatura, filosofía, historia del arte, derecho, historia de la historiografía y de la tradición clásica),

número de itálicos que sirvieron en el ejército romano sobrepasó siempre al de los ciudadanos romanos. Además, los itálicos permanecían más tiempo en servicio, sus pérdidas eran mayores, y los botines de guerra cuantiosamente menores.² Por ello, es lógico pensar que el soldado itálico era plenamente consciente de su situación de inferioridad.³ Cabe destacar que el mundo itálico era heterogéneo en sí mismo y respecto a Roma, a pesar de los lazos culturales que los unían desde hacía un par de siglos, pues ni sus élites ni los diferentes colectivos itálicos habían renunciado a sus especificidades. El elemento que vinculaba al contingente aliado era su particular categoría de súbditos y su esperanza en dejar de serlo y beneficiarse en todos los ámbitos de la pertenencia a un colectivo, el de la plena ciudadanía romana, cada vez más rico y más privilegiado, y cuyo bienestar se había conseguido precisamente gracias a la institución aliada. Por consiguiente, no es de extrañar que Roma no estuviera en absoluto interesada en cambiar su autonomía o en romanizarles. En este marco, el inmovilismo romano llevó al estallido de una auténtica guerra civil.⁴

En el ámbito militar, observamos que el ejército sublevado funcionó en unidades tradicionales, homogéneas en constitución y organizadas en cohortes y *turmae* a la romana.⁵ Los aliados, tras agotar la vía pacífica, empezaron a intercambiarse rehenes y a compartir embajadas.⁶ Se trataba en ambos casos de prácticas de enorme envergadura simbólica, puesto que reflejaban hasta qué punto existía confianza y fidelidad entre las diferentes comunidades y ciudades aliadas. No es de extrañar, por tanto, que fuese en aquel momento cuando se empezaron a poner los cimientos de lo que fue la confederación itálica que luchó contra Roma. El envío de rehenes era parte de las negociaciones diplomáticas de un bando rebelde que se estaba forjando, sirviendo como garantía para el cumplimiento de futuros acuerdos. Hasta entonces los conflictos internos romanos, de los que el asesinato en el año 91 a.C. del tribuno de la plebe Marco Livio Druso era un exponente más, no habían permitido advertir aquellos simbólicos movimientos que dejaban entrever la fatídica realidad. Cuando finalmente Roma tuvo constancia, se enviaron a hombres vinculados con los territorios itálicos con el fin de no despertar sospechas. En este

desde las primeras culturas históricas del Oriente Próximo hasta la caída del Imperio Romano.

¹Nicolet 1982-1984: 198.

²*Ibidem*, p. 202.

³López Román 2009: 234.

⁴Como obras de referencia para la guerra que tratamos véanse Amela 2007; Gabba 1992 y Wulff 2002.

⁵Wulff 2002: 227.

⁶Ap. *BC*. 1, 38.

panorama sucedió el conocido episodio protagonizado por el pretor Quinto Servilio en la ciudad picena de Asculum⁷ que acabó con el asesinato del legado y de todos los ciudadanos romanos de la ciudad. Por lo que parece, el pretor transformó su acción diplomática en una innecesaria provocación para con los habitantes de Asculum. Aquel suceso refleja hasta qué punto los dirigentes romanos actuaron con una imperdonable ligereza, solo explicable por la tradición de siglos de dominación sobre Italia y el menosprecio hacia el potencial itálico. Buena prueba de ello fue la tardía respuesta romana a la sublevación.

De hecho, el asesinato del pretor se hizo con pleno conocimiento de causa. Los habitantes de Asculum conocían cuáles iban a ser las consecuencias de atacar a un personaje investido con poder proconsular. Apiano nos dice que los asculanos llevaron a cabo aquella acción porque pensaban que habían sido descubiertos en sus preparativos prebélicos.⁸ Sea como fuere, tras el episodio de Asculum los itálicos prepararon abiertamente sus hostilidades hacia Roma. Los principales insurrectos fueron pueblos de etnia sabélica, poco urbanizados, con una larga tradición militar y habituados a servir en el ejército romano. También participaron en la sublevación diferentes pueblos montañoses, donde las numerosas confiscaciones romanas habían trastocado por completo el sistema de vida tradicional. De hecho, muchos de aquellos pueblos estaban acostumbrados a prestar servicio como mercenarios, prácticas que con el dominio romano quedaron seriamente limitadas.⁹ La Guerra Social afectó mayormente a pueblos y tribus meridionales, situadas al sur y oriente de una línea comprendida entre la desembocadura del río Liri y la costa adriática. Los territorios citados, sin embargo, eran relativamente poco fértiles en comparación con las ricas llanuras de la Campania.

En paralelo al ascenso de la violencia, se llevaron a cabo ciertos intentos para evitar la guerra, como el envío de una embajada a Roma. No obstante, Roma fue inflexible. Solo estaba dispuesta a aceptar la paz si se admitía la culpabilidad en los hechos de Asculum, con lo que dejaba abierta claramente la opción a la represión. En realidad, la guerra era inevitable.

Los sublevados, con el fin de unificar criterios y hacer factible la opción militar, pronto se organizaron en una confederación de doce pueblos.¹⁰ La tradición militarista de los sublevados puede ayudar a entender el carácter de la federación. La organización itálica pasó por la preparación de un senado con quinientos miembros, doce pretores representando a los doce pueblos

⁷ Ap. *BC.* 1, 38; Liv. *Periochae*, 72, 2.

⁸ Ap. *BC.* 1, 38.

⁹ Wulff 1991: 29.

¹⁰ Salmon 1958: 169.

coiligados, y dos cónsules, cuya razón de ser estuvo directamente vinculada a los dos frentes que se abrieron. Todo ello se ha interpretado como una manifestación ideal de las relaciones que los aliados deseaban mantener con la misma Roma: igualdad de oportunidades y de mando, así como reparto de las prebendas imperiales.¹¹ Se escogió como capital de los rebeldes *Corfinium*, ciudad situada en el centro de los dos teatros de operaciones a los que nos referiremos más adelante, y a la que los rebeldes, significativamente, cambiaron el nombre por el de *Itálica*.¹²

Que la tradición antigua utilice la nomenclatura de cargos romanos para describir la organización aliada no significa que sus funciones fuesen exactamente las mismas. Dicha organización federal no podía ocultar que aquella fue la última opción frente a un Estado que les negaba el derecho a la plena integración. Se trataba de una trágica paradoja: los rebeldes se preparaban para destruir un Estado en el que deseaban integrarse.¹³

Todos los sucesos hasta ahora comentados – el episodio de Asculum y la preparación del conflicto armado – quedan inscritos en los últimos meses del año 91 a.C. La lenta respuesta romana, que no actuó decisivamente hasta el 90 a.C., no significaba que los romanos se encontrasen en inferioridad de condiciones. De hecho, Roma estaba arropada por las ciudades latinas, exceptuando *Venusium*, así como por toda una serie de territorios aliados que no se habían sublevado, que bloqueaban el contacto directo con el enemigo y, además, evitaban la comunicación entre los rebeldes y las tierras de los etruscos y los umbros, situadas más al norte, que podían haber supuesto la creación de otro frente. Asimismo, al potencial interno romano debía añadirse el externo, el de las provincias. Por el contrario, cabe subrayar que los sublevados disponían de territorios bastante pobres en recursos, más aún teniendo en cuenta que el Estado romano había ido acaparando los mejores lugares de aquellas latitudes.¹⁴

EL ESTALLIDO DE LA GUERRA (FINALES DEL 91 - PRINCIPIOS DEL 90 A.C.)

La confederación sublevada no tardó en disponer de ejércitos por cada una de las ciudades itálicas, siguiendo con las pautas de organización que habían dado pie hasta entonces a la tradicional *formula togatorum*, mecanismo con la que los romanos indicaban el número de contingentes armados que cada ciudad itálica debía contribuir al ejército. Aquella experiencia, contra la que ahora se rebelaban los itálicos, otorgaba los conocimientos necesarios para poder armar a

¹¹ Wulff 1991: 328.

¹² Gabba 1992: 118.

¹³ Roldán 1982: 468.

¹⁴ Nagle 1973: 370.

cada una de las ciudades. Por parte romana, la falta de levas aliadas no supuso un problema insoluble, pues el elemento itálico tradicional fue sustituido por provinciales procedentes de África, Hispania y las Galias. Tropas, probablemente, menos aguerridas que las aliadas y de inferior efectividad.¹⁵

Inicialmente combatieron alrededor de 150.000 o 200.000 hombres, entre romanos y sublevados, aparte de los destacamentos estacionados en ciudades y plazas fuertes. Una cifra que, de todas maneras, debe de ser aumentada al considerar las muchas bajas que hubo que cubrir durante el conflicto. En total, durante los dos años de guerra, pudieron haber combatido hasta 250.000 soldados del lado romano, y un número algo inferior – quizás 150.000 – para el de sus enemigos. En total, unos 400.000 hombres de los que, incluso en el bando romano, la mitad o más debieron ser *socii italici*, es decir, aliados itálicos.¹⁶ Por tanto, estamos ante un ingente esfuerzo que debió suponer un gran esfuerzo demográfico y, por ende, financiero.

Los dos cónsules del año 90, Lucio Julio César y Publio Rutilio Lupo, lideraron los dos frentes que se crearon a raíz del estallido bélico. De este modo, que ambos cónsules participasen en la guerra refleja la importancia del acontecimiento, cuyo núcleo estaba situado relativamente cerca del centro neurálgico romano. Sabemos por Apiano¹⁷ que los cónsules partieron de Roma después de controlar murallas y puertas, un comportamiento característico de una guerra interna. No hemos de olvidar que ningún pueblo itálico era considerado auténticamente extranjero por los romanos. La guerra se veía peligrosa y cercana, de ahí que los cónsules, además, fuesen acompañados por hombres de prestigio a modo de legados. Estos últimos se distribuyeron por el país bajo el mando de los cónsules, y su tarea era la de enviar a los primeros nuevas levas. En este sentido, es lógico que el área de actuación de cada cónsul, y sobre todo la de los legados, estuviese directamente relacionada con su enraizamiento en el territorio a fin de conseguir mejores resultados.¹⁸

Los dos frentes así configurados para el año 90 a.C. fueron el septentrional o marso, constituido por este pueblo y por los picanos, liderado por Quinto Popedio Silón; y el frente meridional, que aglutinaba las regiones del Samnium, la Lucania, la Apulia y la Campania, a las órdenes de Cayo Papio Mutilo. Roma envió al cónsul Rutilio Lupo al frente norte, acompañado de los legados Gneo Pompeyo Estrabón, Quinto Cepión, Gayo Perpenna, Cayo Mario y Valerio Mesala; mientras que el frente sur estuvo liderado por el cónsul Lucio Julio acompañado de su hermano Sexto (cónsul en el año 91 a.C.), Tito Didio, Licino

¹⁵ Roldán 1982: 469.

¹⁶ Wulff 2002: 227 y Brunt 1971: 435-440.

¹⁷ Ap. *Bell. Civ* 1, 40.

¹⁸ Ap. *Bell. Civ* 1, 40.

Craso, Lucio Cornelio Sila y Marcelo.¹⁹ El envío de hombres como Pompeyo Estrabón o Cayo Mario al frente septentrional responde, precisamente, a sus vínculos con la zona, pues ambos poseían enormes propiedades y, por tanto, extensas clientelas. La organización de cónsules y legados por frentes fue similar en el caso itálico, donde dispusieron de dos jefes en cada uno, junto con otros cinco pretores. No cabe duda que los comandantes rebeldes eran personajes con poder y experiencia militar suficientes como para liderar a sus pueblos.

No conocemos con el suficiente detalle el transcurso de la guerra, tanto por la multiplicidad de escenarios como por la confusión de las fuentes. Sin embargo, y siguiendo los testimonios de que disponemos, vamos a intentar hacer una secuenciación razonada de los acontecimientos, valorando las pautas y comportamientos militares de ambos bandos.

El cónsul P. Rutilio Lupo se enfrentó a su homónimo Q. Popedio Silón en el frente marso, mientras que L. Julio César tuvo que enfrentarse a C. Papio Mutilo, en el frente samnita. En el norte, el objetivo romano era aislar Asculum, centro de la sublevación, para evitar alentar a los rebeldes del resto de territorios. Dicho cometido quedó reservado al legado Pompeyo Estrabón, mientras que Cayo Mario, Servilio Cepión y el mismo cónsul, se movieron en abanico, de norte a sur, para impedir el avance marso hacia la región más septentrional, evitando así el contacto de los rebeldes con Etruria e impedir la posibilidad de crear otro frente. En el sur, el cónsul L. Julio César, con la ayuda de legados como L. Cornelio Sila, buscó aislar a los samnitas del territorio vecino, sobre todo de las tierras ricas de la Campania, manteniendo de este modo las comunicaciones con Roma. Como observamos, los primeros objetivos romanos consistían en evitar que la sublevación se extendiera por otros territorios. Una dinámica que no solo se llevó a cabo por el peligro de unos pueblos itálicos que, aun mostrándose leales, no dejaban de ser *socii*, sino también para evitar que fuesen dominados por los insurgentes y, en tal caso, puestos fuera o contra del servicio romano.

Por otra parte, la estrategia de los rebeldes consistía en realizar una ofensiva en todos los frentes con el fin de aumentar el número de sublevados. Para ello, su principal objetivo era el de eliminar las colonias latinas, repartidas estratégicamente por el territorio itálico.²⁰ También era necesario terminar con las colonias militares, prolongaciones de la propia urbe fuera de sus fronteras y eficaces puntos de apoyo militares que el Estado romano había ido estableciendo, especialmente en puntos costeros. Las colonias fortificadas, tanto latinas como romanas, antaño concebidas para proteger y controlar aquellos

¹⁹ Gabba 1992: 119.

²⁰ Salmon 1967: 347; Gabba 1992: 119.

territorios, eran el primer obstáculo para los rebeldes. Con esta estrategia los rebeldes querían conseguir, como Aníbal más de un siglo atrás, el control de las vías de comunicación que les permitiría extender la chispa de la sublevación por toda la península.²¹

EL DESARROLLO BÉLICO PARA EL 90 A.C.

Una vez iniciadas las hostilidades, Pompeyo Estrabon consiguió evitar que los marsos conectaran con Etruria, pero fracasó en el asedio del centro neurálgico de la sublevación, Asculum. Por su parte, los itálicos obtuvieron resultados diversos en su esfuerzo por ocupar las colonias latinas. El peligno Vetio Escatón, pretor de los sublevados, se desplazó con sus tropas desde Corfinium hasta Aesernia, colonia latina en la que se habían refugiado numerosos romanos huidos de la región de Apulia.²² Mientras la colonia caía por hambre, Apiano cuenta que los comandantes romanos de la ciudad huyeron disfrazados de esclavos. Paralelamente, el samnita Mario Egnacio consiguió apoderarse de Venafrum, una *praefectura* romana, pudiendo impedir el envío de refuerzos romanos desde las tierras campanas hacia la colonia latina de Aesernia. Parece ser que Venafrum fue ocupada gracias a una traición, método habitual en este conflicto tal y como veremos en acontecimientos posteriores. Más al sur, el lucano M. Lamponio capturó la ciudad de Grumentum, quizás también una colonia latina, tras destruir al ejército de Licinio Craso, persiguiendo a los supervivientes hasta la citada colonia, donde los exterminó.

Asimismo, la colonia de Alba Fucens, en los Abruzos, fue atacada por el frentano Publio Presenteo, pero no capturada, a pesar de la victoria sobre el romano Perpenna.²³ La derrota de Perpenna significó su destitución a manos de Rutilio Lupo, que otorgó el mando a Cayo Mario. Es significativo que, tras la victoria de Presenteo, el ejército rebelde se apoderase de las armas de sus enemigos, lo que nos indicaría que los sublevados posiblemente utilizaban una panoplia semejante a la romana.

Los itálicos obtuvieron sus mayores victorias en la Campania y en el Piceno. El samnita C. Papiro Mutilo se apoderó de la ciudad campana Nola gracias a una traición.²⁴ Papiro ofreció a los soldados romanos allí capturados pasarse a su bando, pero no a los oficiales, que fueron dejados morir por el hambre. Paralelamente, Pompeyo Estrabón lograba evitar que los marsos llegaran a Etruria, como veíamos, aunque fracasó en el asedio de Asculum a causa de la

²¹ Salmon 1967: 352.

²² Ap. *Bell. Civ.* 1,41; Gabba 1992: 120.

²³ Liv. *Periochae*, 72, 5.

²⁴ Ap. *Bell. Civ.* 1,42; Liv. *Periochae*, 73, 2.

acción conjunta de varios líderes itálicos, que consiguieron forzar a Pompeyo a refugiarse en la colonia latina de Firmum.

La oportunidad abierta tras la derrota de Pompeyo y su consiguiente refugio fue aprovechada por el general rebelde Vidacilio, que no dudó en hacer un veloz movimiento en Apulia, donde Canusium, la colonia latina de Venusium y otras ciudades fueron capturadas. Las que no se sometieron quedaron asediadas, dándose muerte a los romanos insignes que había en ellas, en tanto que el pueblo llano y los esclavos fueron enrolados en el ejército.²⁵

La lucha por las colonias latino-romanas no tenía lugar tan solo por su carácter defensivo. Neutralizarlas permitía, además, acabar con una fuente de poderío romano y controlar regiones clave del territorio. No obstante, la colonia de Aesernia todavía resistía dado que era la llave de las comunicaciones apenínicas. Desde el frente sur el cónsul L. Julio César, quizás desde la base romana de Teanum, cruzó la garganta rocosa de Matese con el fin de ayudar con refuerzos a los sitiados en Aesernia.²⁶ Sin embargo, fue derrotado por el samnita Mario Egnacio, lo que le obligó a huir hacia Acerrae. Es interesante constatar, en dicho episodio, el crucial conocimiento del terreno que demuestran los itálicos, como no podía ser de otro modo, al desenvolverse en su propio territorio. Un intento del legado L. Cornelio Sila por proteger Aesernia también fracasó. Finalmente, la colonia fue forzada a rendirse.²⁷ Aquella victoria estratégica permitió a los itálicos utilizar la vía Apia para unir Corfinium, la capital de los rebeldes, con Benevento. Asimismo, al dirigirse hacia Acerrae, L. Julio César se encontró frente a frente con el ejército de C. Papio Mutilo, aunque no se produjo un enfrentamiento entre ambos.²⁸ L. Julio César contaba entre sus tropas con infantería gala y caballería numídica, hecho nada extraño debido a la falta de auxiliares itálicos en los ejércitos consulares. En este contexto, es reveladora la acción del samnita C. Papio Mutilo que exhibió a Oxyntas, hijo del Yugurta probablemente capturado en Venusium donde los romanos le mantenían como rehén, ante las tropas numídicas del cónsul. Ante este hecho, muchos numidas desertaron. En resumidas cuentas, una tras otra las comunidades campanas fueron cayendo en manos del jefe samnita. Así, se apoderó no solo de Nola, sino también de Surrentum, Stabia, Pompeya y el ager picentino.

Los combates más fieros, sin embargo, se produjeron en el frente septentrional, a cargo de los marsos. La zona con más tensión fue la vinculada a la vía Valeria, que conectaba Roma con la capital rebelde, Itálica-Corfinium. La

²⁵ Ap. *Bell. Civ.* 1, 42.

²⁶ Ap. *Bell. Civ.* 1, 45.

²⁷ Liv. *Periochae*, 73, 9.

²⁸ Ap. *Bell. Civ.* 1, 45

presencia de Cayo Mario en la región, tras la destitución de Perpenna, da a entender lo mucho que había en juego. Sin embargo, la colonia de Alba Fucens, que controlaba la valiosa vía Valeria, continuó resistiendo hasta la batalla que se libró en el valle del río Liris entre el ejército romano, liderado conjuntamente por Mario y el cónsul Rutilio Lupo, y el contingente rebelde con el general peligno Vetio Escato al frente. Al amanecer, un impaciente Rutilio cruzó el río, cayendo en una emboscada de Escato, que le costó no solo una derrota, sino también su vida.²⁹ Cayo Mario, *homo novi* y por tanto menos dependiente de las rígidas tradiciones patricias que el cónsul muerto, tras observar el río lleno de cadáveres y consciente de la gravedad de la derrota de Rutilio, fue mucho más prudente, lo que le permitió lograr una serie de victorias parciales. Sin embargo, no pudo evitar el bloqueo de Alba Fucens, dejando la vía Valeria sin apenas defensas romanas.

En este contexto, Servilio Cepión asumió, junto con Mario, el mando del frente septentrional, sin que se escogiera un nuevo cónsul para lo que quedaba de año. Sin embargo, esa dualidad pronto terminaría. Cuentan las fuentes que el marso Q. Popedio Silón fingió pasarse al ejército de Cepión dándoles como garantía a dos niños esclavos que hizo pasar por sus propio hijos vistiéndolos con túnicas ribeteadas de púrpura. Aquella estrategia se saldó con una emboscada y la muerte de Cepión.³⁰ La traición deja ver en su máximo exponente el conocimiento que el bando itálico tenía sobre el romano, puesto que la guerra social no deja de ser una auténtica guerra civil entre gentes que, ciudadanos o no, tenían muchos elementos comunes.

Como observamos, los marsos habían dirigido sus fuerzas contra el valle superior del Liris para, junto con sus coaligados del sur, vencer a L. Julio César encerrándole en la ciudad de *Teanum* y, a la vuelta, acabar con P. Rutilio Lupo. Derrotados los dos cónsules, los itálicos parecían llevar la iniciativa en todos los frentes. Pero Cayo Mario, al mando del frente norte tras la muerte de Cepión, sometió a sus subordinados a duros entrenamientos, lo que a la postre permitió el control de la región. Además Mario permitió el acercamiento entre ambos bandos.

Las victorias de Mario obligaron al repliegue de los marsos. Tras aquella derrota, estos se armaron de nuevo y pusieron en marcha una auténtica campaña propagandística, utilizando su tradicional atributo de “encantadores de serpientes” como arma psicológica frente al enemigo.³¹ También la progresiva amonedación insurgente jugó un importante papel en este campo,³² en la que se

²⁹ Ap. *Bell. Civ.* 1, 43; Liv. *Periochae*, 73, 4.

³⁰ Ap. *Bell. Civ.* 1, 44; Liv. *Periochae*, 73, 6.

³¹ Letta 1972: 99, 108-109.

³² Tataranni 2005: 291-293.

representó al toro samnita corneando a la loba romana, simbología que propició la participación de las masas populares en la guerra.³³

La victoria contra los marsos hizo posible la estrategia romana de abrir una ruta hacia el Adriático para dividir al enemigo.³⁴ Mario había conseguido controlar la región norteña, y desde aquel momento la iniciativa partió de las bases de control romanas. Es probable que en el mismo período Sexto Julio César (el hermano del cónsul) fuese hacia el norte para enviar refuerzos a la ciudad de Firmum, donde Pompeyo Estrabón se había refugiado. Allí había quedado bloqueado por el marso Lafrenio, que estaba llevando a cabo un largo asedio. Cuando Pompeyo tuvo constancia de la llegada de S. César, abrió dos rutas de escape desde Firmum. De este modo, Lafrenio fue derrotado, y los supervivientes se refugiaron en Asculum. Aquella acción dio pie a un nuevo sitio de la ciudad por parte de Pompeyo. Sin embargo, el general itálico Vidacilio logró entrar en Asculum, proveniente de Apulia, antes de que las líneas de asedio estuvieran construidas. Los romanos, a continuación, decidieron dar el mando a Sexto Julio César, probablemente para que Pompeyo pudiese ir a Roma a conseguir el consulado para el año 89. Sin embargo, César murió de enfermedad y Gayo Bebio fue designado sucesor. Mientras tenía lugar aquel asedio al centro neurálgico rebelde, etruscos y umbrios parecían dispuestos a cambiar de bando.³⁵

En su conjunto, el balance del año 90 se presentaba desfavorable para Roma, que tuvo que recurrir al reclutamiento de libertos para completar sus tropas, pero también a armar ciertas ciudades aliadas, como Capua, hecho que señala la debilidad de las colonias latinas.³⁶ El año 90, por tanto, supuso para Roma una crisis militar, política y, sobre todo, financiera.³⁷ El alcance de la guerra había sorprendido a Roma con una demanda de ciudadanía no solo circunscrita al bando insurgente. Es en este contexto que se planteó la posibilidad de otorgar la ciudadanía a los aliados fieles mediante la *lex iulia*, puesta en marcha por L. Julio César. Ante ello, el fracaso de la causa rebelde empezaba a ser una realidad. De ahí la llamada de auxilio que los itálicos llevaron a cabo hacia Mitrídates VI de Ponto que, sin embargo, respondió de modo evasivo.

La *lex iulia* y su desarrollo posterior provocaron una clara desventaja entre los enemigos itálicos, generando además nuevas tropas de refuerzo romanas al aumentar el cuerpo cívico. La ley puso al descubierto la trágica paradoja de luchar contra una ciudad de la que los mismos itálicos querían formar parte.

³³ Gabba 1976: 75.

³⁴ Gabba 1992: 122.

³⁵ Ap. *Bell Civ.* I, 49.

³⁶ Ap. *Bell Civ.* I, 49; Liv. *Periochae*, 74, 4.

³⁷ Wulff 2002: 68.

LOS ÚLTIMOS ESFUERZOS: 89 Y 88 A.C.

La rebelión de etruscos y umbros, planeada en asociación con los marsos, quedó aplacada con la *lex iulia*. Sin embargo, estos últimos, liderados por Vetio Escato, desconocedores del cambio de bando etrusco, intentaron llegar a Etruria, pero fueron superados en número y derrotados por Pompeyo. Es probable que la victoria romana tuviese lugar cerca de Asculum, siendo forzados a replegarse hacia una cordillera montañosa. Posteriormente, Cayo Mario les acabó derrotando definitivamente a raíz de una traición.³⁸ Así pues, con esta derrota y el cambio de actitud de etruscos y umbros, el frente norte itálico quedó mermado y sin posibilidad de aumentar sus efectivos.

Los dos cónsules del año 89 a.C., Pompeyo Estrabón y L. Porcio Catón, lucharon a continuación en el frente marso, mientras L. Cornelio Sila buscaba el control del sur. Pompeyo volvió a enfrascarse en el asedio de Asculum. Asimismo, los marsos fueron forzados a rendirse y Corfinium-Itálica capturada, lo que obligó a trasladar la capital de los confederados a Bovianum. Los vestinos también fueron sometidos, igual que los marrucinos y los pelignos.

En el frente sur los romanos pasaron a la ofensiva al mando de Cornelio Sila. Su ejército fue completado con una legión de hirpinos leales a Roma. Sila asedió Pompeya, donde un motín había terminado con la vida del general romano Postumio Albino, sin castigar a nadie tras tomar la ciudad. Los esfuerzos de Sila en Pompeya fueron aprovechados por el itálico Lucio Cluentio para fijar su campamento cerca del suyo. Sila, sin esperar a reunir todas sus tropas, le atacó de inmediato, perdiendo en el combate. Por suerte para los romanos, un nuevo ataque pudo poner en fuga a Cluentio. Los derrotados huyeron a Nola, y Sila les persiguió. Los de Nola solo abrieron una de las puertas de la ciudad, hecho que aprovechó Sila para matar a muchos al pie de la muralla, incluido el mismo Cluentio.³⁹ El asedio duró largo tiempo, mientras ciudades como Stabia o Herculano pasaron definitivamente a manos romanas.

Tras controlar buena parte de la Campania, Sila se dirigió al territorio de los hirpinos y atacó Aeclanum. Sus habitantes le pidieron tiempo para decidirse a aceptar la rendición, puesto que estaban esperando ayuda de los lucanos, pero Sila, dándose cuenta de la maniobra, apiló leña seca en torno a las murallas, que eran de madera, y les prendió fuego.⁴⁰ El uso de empalizadas de madera refleja hasta qué punto muchas ciudades no estaban preparadas militarmente. Los de Aeclanum entregaron la ciudad pero Sila la saqueó, como castigo por no haber

³⁸ Gabba 1992: 124.

³⁹ Ap. *Bell Civ.* I, 50.

⁴⁰ Ap. *Bell Civ.* I, 51.

capitulado sin lucha. A continuación, el resto de los hirpinos se rindieron ante Roma. Todo estaba preparado para que Sila atacase el corazón del Samnio.

Sila inició una marcha circular, dirigiéndose hacia el norte de la región, de modo contrario a las expectativas del general samnita C. Papiro Mutilo, que fue derrotado y, herido, se refugió en Aesernia, donde se suicidaría.⁴¹ A continuación Sila se dirigió a Bovianum, la nueva capital rebelde. La ciudad tenía tres ciudadelas, pero una hábil maniobra de Sila consiguió tomarla.⁴² La capital itálica volvió a cambiar de lugar, trasladándose a Aesernia. Allí los rebeldes trataron de reorganizarse nombrando comandante supremo a Q. Popedio Silón, asistido de cuatro legados, representantes de las dos únicas comunidades que aún continuaban resistiendo: lucanos y samnitas. De hecho, solo quedaban dos focos centrados en Aesernia, en los Apeninos, y Nola, en la Campania inferior, todavía sitiada por los romanos. Las victorias de Sila en el verano del 89 a.C. le catapultaron hacia el consulado del año siguiente.

De forma paralela, el pretor Cayo Cosconio, siguiendo la costa adriática desde el norte, atacó la ciudad apula de Salapia, y consiguió su rendición después de prenderle fuego. Tras la victoria, continuó su marcha hacia el sur con el asedio de Cannas y Canusium, en cuya ciudad sostuvo una severa batalla contra los samnitas que acudieron para socorrerla. Trebacio, el general samnita, invitó a Cosconio a que pasase el río Ofanto y así entablar batalla. Finalmente fue el samnita Trebacio quien lo cruzó, cayendo en el engaño de Cosconio y siendo vencido. Posteriormente, el pretor recorrió los territorios cercanos, derrotando a las gentes de Larinum, de Venusia y de los alrededores de Asculum. Cecilio Metelo, su sucesor en el mando, invadió la Apulia, en una campaña relámpago, y venció también a los yapigios. Popedio Silón, el líder rebelde marso, perdió la vida en dicha acción, en un contexto de colapso del frente norte, pasándose sus tropas a Metelo.⁴³

En noviembre del 89 a.C., finalmente, Pompeyo Estrabón consiguió tomar Asculum, el único gran centro del frente norte que continuaba en manos de los itálicos. Vidacilio, al que habíamos visto buscar refugio en la ciudad, antes de suicidarse hizo ejecutar a todos los sospechosos de pactar la paz con los romanos. La muerte de Vidacilio tuvo lugar antes del ataque final, celebrando un banquete con sus amigos y tomando veneno, para después ordenar a sus amigos que le prendieran fuego. La caída de Asculum⁴⁴ significó el desmoronamiento definitivo del frente septentrional. Pompeyo Estrabón había tomado cumplida venganza del ultraje inferido dos años atrás, y no dudó en

⁴¹ Ap. *Bell Civ.* I, 51; Gabba 1992: 125.

⁴² Ap. *Bell Civ.* I, 51.

⁴³ Ap. *Bell Civ.* I, 52-53; Liv. *Periochae*, 76, 6.

⁴⁴ Ap. *Bell Civ.* I, 48; Liv. *Periochae*, 76, 5.

celebrar el primer y único triunfo de la Guerra Social: el *Asculaneis Picentibus*. Desde el año 264 a.C. hasta el 89 a.C. solamente se celebraron dos triunfos sobre pueblos itálicos, sin contar el de Pompeyo Estrabón. Si tenemos en cuenta que no se consideraba legítimo celebrar ritualmente aquellas victorias logradas en confrontaciones civiles, se refuerza la idea de la asimilación entre romanos e itálicos. En ese sentido, el triunfo del año 89 a.C. no sorprende si lo observamos como una plataforma de glorificación personal, inscrita en un contexto en el que un potente rival, L. Cornelio Sila, estaba obteniendo sendos éxitos en el frente sur.⁴⁵ De este modo, el acontecimiento deja observar la fuerza que empezaban a adquirir unos generales respaldados por sus ejércitos, fomentando el interés privado por encima del estatal.

Con la caída de Asculum, lugar donde se inició la rebelión dos años atrás, el fracaso itálico era una realidad. En el tramo final de la guerra, cuya duración se prolongó hasta el 87 a.C.,⁴⁶ observamos que Sila dejó bien preparado el asedio de Nola para hacerse con el consulado en el 88 a.C.⁴⁷ Mientras, Pompeyo permaneció en suelo piceno para prevenir cualquier rebrote de las hostilidades. Ni si quiera el repliegue de los rebeldes lucanos sobre el Bruttium, para continuar la resistencia en la intrincada orografía de la región con la esperanza de extender la guerra a la vecina Sicilia, pudo enmascarar la desesperación de una causa definitivamente perdida a nivel militar. En contraste con los 400.000 efectivos movilizados en los años anteriores, la progresiva disminución de la actividad bélica desde el 89 a.C. mantuvo en activo a unos 100.000 soldados del bando romanos, incluidas las tropas provinciales, frente a un número indeterminado, pero no muy alto (varias decenas de miles, tal vez), de lucanos, samnitas e itálicos en general que no se habían rendido.⁴⁸ De este modo, a comienzos del año 88 a.C. los focos de la sublevación estaban totalmente localizados, lo que dio a la guerra el carácter de simples operaciones de policía.

CONSIDERACIONES FINALES

En resumidas cuentas, la Guerra Social fue extremadamente violenta porque se enfrentaron tropas con el mismo valor y organización militar, así como con líderes experimentados y de igual formación.⁴⁹ Dicha virulencia empujó al Estado a dar libertad a la iniciativa personal de los generales, con el fin de obtener cualquier elemento susceptible de ser utilizado contra el enemigo. Si,

⁴⁵ Sánchez 1986: 255-256.

⁴⁶ Peake 1997: 163-164.

⁴⁷ Liv. *Periochae*, 75, 7.

⁴⁸ Wulff 2002: 227; Brunt 1971: 435-440.

⁴⁹ Gabba 1990: 704.

con anterioridad, Cayo Mario había dado el impulso decisivo en la transformación del ejército cívico romano a uno profesional, la Guerra Social dio un nuevo paso al generar ejército de clientes, último escalón en la privatización de las fuerzas armadas. Por tanto, el dudoso privilegio de ser el primero en llevar las legiones contra el Estado no estuvo reservado a L. Cornelio Sila, como se sostiene habitualmente, puesto que si aceptamos el carácter de confrontación civil, tesis defendida desde la misma antigüedad, debemos considerar a los comandantes itálicos como los antecedentes de dicha acción.

La Guerra Social supuso una auténtica escuela de experimentación bélica, de brutalización y de uso de toda una serie de tácticas que acabaron siendo comunes en la etapa final de la República. Los sublevados, por ejemplo, acudieron a la traición para poder asediar con éxito sendas colonias romanas como Venafrum o Nola; a su vez Roma también utilizó la traición para acabar con la vida de Vetio Escato.⁵⁰ No es de extrañar, en este contexto de guerra heterodoxa, la facilidad con la que el itálico Popedio Silo pudo engañar a su homólogo rival Servilio Cepión, que al igual que Perpenna o Lupo, deseaba conseguir el ascenso político mediante una rápida victoria.

Asimismo, los asedios insurgentes muestran el uso generalizado del sitio por hambre, mucho más factible y económico. Aesernia o la derrota de Lafrenio en Firmum muestran ese tipo de proceder. En contraste, la práctica habitual romana fue la de prender fuego a las defensas enemigas, ejemplificado en las campañas de Cosconio o en la quema de Aeclanum. La creciente violencia también la podemos observar en la persecución de Cluentio o en la masacre a las puertas de Nola, que muestran todavía más ese carácter radicalizado, en un bando que podía permitirse un tipo de violencia en todos los sentidos ejemplarizante con el fin de desmoralizar a los rebeldes.

Por otro lado, la falta de suministros y, en general, de levas, llevó al bando itálico a la recuperación de las armas de los enemigos y al enrolamiento de los derrotados, reflejo de los rasgos comunes existentes entre ambos bandos enfrentados. En el primer caso, observamos que a pesar de ser una dinámica iniciada por los insurgentes, también tuvo su réplica romana, al ser un fenómeno rentable para los dos bandos, puesto que utilizaba el mismo equipo en un contexto bélico en que los circuitos de distribución estaban necesariamente mellados. El enrolamiento masivo de las tropas derrotadas, por otro lado, fue una práctica mucho más reveladora, por el hecho de ser un fenómeno estrictamente aliado, sin contar las prácticas posteriores a la *lex iulia*, que no dejan de ser la solución política a la guerra.

⁵⁰*Macrob. Sat* 1, 11, 24

Por último, a nivel militar parecen existir indicios suficientes como para aceptar no sólo que los *socii* actuaron de modo diferente al romano a pesar de haber sido formados en el ejército de estos, sino que incluso desde Roma, con el objetivo de adaptarse a un enemigo tan cercano, se constatan cambios respecto a su actuación militar tradicional. La debilidad de los *auxilia* a los que Roma se acoge ante la desbandada del contingente itálico, que no es total pero sí mayoritaria, es un claro reflejo de ello. Desde Roma hubo de recurrirse a tropas de otros lugares. Sicilia, la Gallia Cisalpina, Hispania, Numidia y Mauritania aportaron tropas para sustituir como auxiliares en el ejército romano a los ahora sublevados, llegando incluso ayuda naval desde Oriente, que complementaban a las tropas latinas y a los pocos itálicos que todavía se mantenían fieles.⁵¹ El episodio de Oxya en Venusium muestra la poca fiabilidad de las tropas numídicas al servicio de Roma. Asimismo, los romanos abrieron la puerta del ejército a los libertos, dinámica que, sin embargo, no era novedosa en períodos de crisis.⁵² Además, Roma castigó todo tipo de intentos por evitar el reclutamiento, como el caso de C. Vettienus, quien se cortó los dedos de la mano izquierda para no tener que participar en el conflicto y fue castigado con la confiscación de sus bienes y la prisión a perpetuidad.⁵³ Todo ello demuestra el papel indispensable de unas tropas itálicas que, más que auxiliares, eran completamente esenciales. Los *socii* era una herramienta no solo económicamente rentable, sino sobre todo militarmente beneficiosa.

Asimismo, la pericia a nivel estratégico se mostró como una característica mayormente romana, especialmente en su contraofensiva, cuya mejor ilustración la observamos en el cerco de Bovianum por parte de Sila,⁵⁴ aunque es probable que detrás de ello se esconda una cuestión historiográfica que apunte a la intencionalidad de las fuentes. Sea como fuere, a partir de las fuentes conservadas, constatamos que se trataron de maniobras que contrastan con la imprudencia romana inicial, con lo que se puede corroborar que las actitudes de los *socii* modificaron la forma en la que los romanos hacían la guerra.

En conclusión, la Guerra social muestra dos ejes principales a nivel militar: primero, el papel fundamental de los auxiliares, y, en concreto, de los *socii*, en la organización de los ejércitos romanos; segundo, el carácter de guerra civil de la contienda, lo que propició el desarrollo del ejército profesional surgido de la reforma de Cayo Mario. La Guerra Social, en esencia, supuso el primer episodio de la guerra civil.

⁵¹ Amela 2007: 77.

⁵² Liv. 22,11,8.

⁵³ Val. Max. 6.3.3.

⁵⁴ Amela 2007: 157.

Bibliografía

- Amela, L., 2007: *El toro contra la loba: la guerra de los aliados (91-87 A.C.)*. Madrid.
- Brunt, P. A., 1971: *Italian Manpower: 225 B.C – A. D. 14*. Londres.
- Gabba, E., 1976: *Republican Rome, the Army and the Allies*. Oxford.
- 1990: “Dallo stato-città allo stato municipale”, en *Storia di Roma*, dirigida por A. Sehiavone, 2.1, Turín, pp. 697-714.
- 1992: “Rome and Italy: the social war”, en: *The Cambridge Ancient History*, vol. 9, pp. 104-128.
- Letta, C., 1972: *I Marsi e il Fucino Nell’Antichità*. Milán.
- López Román, L. M., 2009: “Ni ciudadanos ni extranjeros: los itálicos en la política de los tribunos de la plebe a principios de la crisis de la República romana”, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia Antigua, 22: 227-236.
- Nagle, B., 1973: “An Allied View of the Social War”, *American Journal of Archaeology* 77/4: 367-378.
- Nicolet, C., 1982-1984: *Roma y la conquista del mundo mediterráneo 264-47 a. de J.C.* Barcelona.
- Peake, S., 1997: “A note on the dating of the social war”, *Greece & Rome* 44/2: 161-164.
- Roldán, J. M., 1982: *Historia de Roma: la República Romana*, tomo I. Madrid.
- Salmon, E. T., 1958: “Notes on the Social War”, *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 89: 159-184.
- 1967: *Samnium and the Samnites*. Londres.
- Sánchez, F., 1986: “Triunfo de *Asculaneis Picentibus*”, *Baetica* 9: 255-268.
- Tataranni, F., 2005: “Il toro, la lupa e il guerriero: l’immagine marziale dei Sanniti nella monetazione degli insorti itálicos durante la guerra sociale (90-88 a.C.)”, *Athenaeum* 93/1: 291-304.
- Wulff, F., 1991: *Romanos e Itálicos en la Baja República: Estudios sobre sus relaciones entre la Segunda Guerra Púnica y la Guerra Social (201-91 a.C.)*. Bruselas.
- 2002: *Roma e Italia de la Guerra Social a la retirada de Sila (90-79 a.C.)*. Bruselas.